

Jaime Sabines de cuerpo entero

Eduardo Antonio Parra

No resulta sencillo de explicar, pero hay momentos, días o semanas enteras en los que la afición, el afecto que sentimos por algo o alguien se intensifica de modo súbito para ya nunca disminuir. Sí, no resulta sencillo de explicar, pero se percibe en mente y cuerpo. Y creo que eso es lo que nos ha sucedido tanto a los lectores de Jaime Sabines como a los participantes y al público asistente al festival-homenaje que Chiapas ha organizado durante la última semana en honor de su máximo poeta, que el 19 de marzo llegó a su primera década de muerto y el 25 de marzo hubiera cumplido ochenta y tres años de edad.

Sin ser muy afecto a las fechas emblemáticas ni a las conmemoraciones oficiales, puedo declarar sin ambages que hoy quiero más a Jaime Sabines, y eso que desde la adolescencia he estado enamorado de sus palabras, de su manera de enfrentar la vida a través de las páginas, de los sentimientos tiernos y al mismo tiempo brutales que se desprenden de sus poemas, de la ironía de su voz al leerse a sí mismo, de ese universo estrecho pero inagotable contenido en sus versos. Y hoy lo quiero más —se me ocurre— porque de unos días a la fecha dejó de ser para mí simplemente un poeta, un inmenso poeta, para comenzar a ser también un hombre, un gran hombre, debido a la intervención de quienes lo conocieron de cerca, convivieron con él en las buenas y en las malas, y ahora no sólo lo recuerdan sino comparten sus recuerdos para que los demás nos hagamos una idea clara de quién fue.

¿Cómo no tenerlo presente cuando se tienen enfrente los paisajes que él vio, cuando se transita por donde él paseaba, cuando se respira el aire que llenaba sus pulmones con ese aliento poético que ha hechizado a tantos, cuando sus amigos y familiares repasan una y otra vez

anécdotas de su vida que apenas si se alcanzan a intuir en sus versos, cuando bebemos en los bares a los que asistía? Las calles de Tuxtla Gutiérrez —unas calles bastante limpias— guardan aún los pasos del poeta, y mientras nos encaminamos al Centro Cultural Jaime Sabines la sensación de estar siguiendo su misma ruta es inquietante.

Después de un concierto de marimba interpretado nada menos que por una virtuosa venida de Japón, abren el homenaje Ángeles Mastretta y Germán Dehesa. Ambos narran anécdotas de la vida del poeta cuya amistad disfrutaron, y lo hacen con la soltura y el sentido del humor que el homenajeado prefería por encima de toda solemnidad. Al día siguiente —apenas es viernes— toca a varios chiapanecos, entre los que se cuentan Elva Macías y Eraclio Zepeda, quienes con su gracia habitual transforman la mesa redonda en una verdadera reunión de amigos conversando sobre otro amigo. Las emociones surgen, se hacen patentes. El público disfruta las ocurrencias, interviene, hace preguntas y en todo momento da a entender que ése de quien se habla les pertenece: es *su* poeta, el poeta de Chiapas. Y no importa que Jaime Sabines detestara los homenajes, como lo asienta en algunas de sus páginas; llevarle la contraria a los que queremos es a veces muy sano. Seguro él estaría contento de ver cómo lo serio y lo fúnebre han sido desterrados de estas charlas.

Tras las mesas en el Centro Cultural vienen las comidas, las cenas, la convivencia entre participantes y anfitriones —gente de la Secretaría de Educación de Chiapas—, los saludos a los recién llegados, más conversaciones en torno al poeta pero ahora en la informalidad del bar, entre copas, en un ambiente propicio para el

chascarrillo y la carcajada. Ahí están Hernán Lara Zavalá y Aída, Anamari Gomís, Julio Sabines, y acaban de llegar Omar Chanona y Juan Pablo Rulfo, quienes llevarán a cabo la presentación de ciertos fragmentos —no se pudo exhibir completo por una cuestión de derechos de autor— del filme *La fórmula secreta*, que a pesar de haber sido rodado hace cuarenta y cuatro años sigue siendo punta de lanza en la vanguardia cinematográfica mexicana; en él colaboraron Juan Rulfo y Jaime Sabines, el primero con un texto que es la única secuencia verbal de la película, y el segundo prestando su voz para la lectura de ese texto. Es curioso ver juntos, platicando y riéndose, a Julio y a Juan Pablo; pocas veces se tiene la oportunidad de departir tan relajadamente con los descendientes de dos piedras angulares de la literatura nacional. Enseguida aparece un tercero, Claudio Isaac, quien viene a proyectar el documental que rodó sobre el poeta a principios de los setenta.

A estas alturas hemos olvidado que se trata de un evento cultural. Aquí estamos en una fiesta en honor de Jaime Sabines, una reunión de camaradas como aquellas de la primera juventud, cuando nos juntábamos con los semejantes sin otro fin que beber y leernos poesía unos a otros en voz alta. Y esta sensación de retroceso en el tiempo, de milagro de rejuvenecimiento, también hay que agradecerla al poeta. Llega el sábado. Quienes intervienen en las mesas recuerdan su primer acercamiento a la poesía de Jaime Sabines, leen los poemas que los marcaron para siempre. No polemizan, no hacen juicios de valor, sólo dejan entrever que ciertos versos les cambiaron la existencia.

Rememoro, para los que me escuchan, el instante en que descubrí las palabras del poeta. Estaba en la preparatoria, con el corazón adolescente roto a causa de una mujer, cuando encontré una página suelta con un texto. Era una fotocopia y no llevaba firma ni título. Iniciaba así: “Espero curarme de ti en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es fácil, siguiendo las prescripciones de la moral en turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad”. Leo el poema en prosa al público y al hacerlo recupero la emoción y las sensaciones de aquel tiempo. Cuando concluyo, estalla un aplauso tan nutrido como nunca lo he recibido leyendo mis textos. La gente en el auditorio ya sufre la acumulación de sentimientos. Es el tercer día de actividades y, aunque el público no sea el mismo, algo vibra en el aire que lo afecta igual que si no hubieran abandonado las butacas en setenta y dos horas. Quieren hablar, expresan su cariño por Sabines, cuentan sus propias historias. Un joven alza la voz y declara que tiene grabados en la memoria todos los detalles del día que leyó “Los amorosos”; sabe cómo estaba vestido, qué comió, dónde se hallaba y hasta recuerda el clima. Dice que Sabines lo precipitó hacia la literatura, a él que antes no leía ni los letreros de la calle.

Con los fragmentos de *La fórmula secreta* presenciábamos algo insólito: un texto escrito por el principal narrador de nuestras letras, pensado expresamente para ser leído por la voz de uno de nuestros poetas mayores. Rulfo lo escribió, según se dijo, sólo para Sabines, como si se tratara de un músico escribiendo una ópera para su tenor de cabecera. Y mientras escuchamos las palabras



Jaime Sabines, 1989



Jaime Sabines, 1989

de uno dichas por el otro, con las imágenes de la película al fondo, concluimos que la verdadera “fórmula secreta” es la combinación de estos dos grandes talentos en una sola obra. Lástima que la película casi nunca se exhiba, que ni los piratas la tengan, y que para verla sea necesario localizarla en Internet.

El domingo nos sorprende con las emociones hechas nudo ciego. El público es cada vez más numeroso en Tuxtla Gutiérrez, sin contar que el festival también se lleva a cabo en San Cristóbal de las Casas, Comitán y Tapachula, siempre con participantes de primera línea. En el Centro Cultural, Claudio Isaac narra cómo de muy joven conoció el *Recuento de poemas* y un poco más tarde al poeta. Enseguida pasa su documental y vemos a Jaime Sabines: tiene alrededor de cincuenta años, está echado en una hamaca, con la guayabera abierta, fumando cigarro tras cigarro. Su voz es la misma de *La fórmula secreta*, la misma de cuando lo escuchábamos leer en vida. “Esto que me estás haciendo es una agresión a mi persona y a mi privacidad”, dice con tono amistoso a la cámara detrás de la cual se hallaba un Claudio Isaac de más o menos veintiún años, pero luego se relaja y empieza a hablar de su vida, de su poesía, de sus costumbres y aficiones. La gente del público ni siquiera respira. Bebe sus palabras. Es su poeta y le habla directamente. Está vivo y joven, como permanecerá por siempre para ellos, para nosotros. Termina la proyección y, antes de que el primero se atreva a hablar, un largo espacio de silencio en el auditorio da cuenta del impacto emocional.

Más tarde suben al escenario Julio Derbez, Julio Sabines y Claudia Guillén —quien además de organizar el festival fue muy cercana al homenajeado. Se autonombran “los tres alegres compadres” y al mismo

tiempo “hijos de don Jaime”. Julio Derbez lee un texto donde da cuenta de su relación con el poeta, y se centra en sus últimos meses de vida, los de la enfermedad, con lo que le retuerce los entresijos al público. Después charlan los tres, trazando un retrato íntimo. Y Julio Sabines, el hijo del poeta, remata el día domingo con una anécdota rotunda:

Una noche que acababa de firmar muchos libros, yo, con ganas de pelear, le reclamé que a mí nunca me había dedicado uno. ¿Ah, sí?, me respondió. Pues pásamelo. Escribió en la primera página y luego me lo dio. Decía: *Para Julio, que dice que nunca le he dedicado un libro, cuando le he dedicado la vida.*

Hoy quiero al poeta más de lo que lo quería, lo reitero. Después de pasar cuatro días completos con gente que lo mantiene vivo en su memoria, que lo lee con pasión, que lo retrata momento a momento, y después de convivir con un público numeroso y fiel que nunca se queda atrás cuando hay que hablar de quien considera de su propiedad, Jaime Sabines ha dejado de ser para mí un nombre impreso en un libro de versos entrañables, y se ha transformado en un ser entrañable por sí mismo. Su rostro, sus expresiones, su voz, los movimientos de la mano al fumar o enfatizar una idea, el cariño de sus hijos propios y putativos, las anécdotas de los que lo conocieron y las experiencias íntimas de sus lectores, desde hoy me resultan inseparables de sus poemas. Hay que ver para qué sirven los homenajes, y a éste todavía le quedan algunas jornadas. Aun así, me despido de Chiapas y de los chiapanecos para regresar a casa, eso sí, con el *Nuevo recuento de poemas* bajo el brazo. Aunque no sé si dejarlo descansar un tiempo, han sido demasiadas emociones. **U**